EL JOVEN DEL BOSQUE, Navidad 2017
The young man of the forest Relato de invierno
I- La nieve y los ánades reales II- El joven del bosque III- Final

Justo el seis de enero del año 2018, en la ciudad de Granada, nevó. En las aguas del río Darro, al caer la tarde de este día, se vieron varios patos silvestres. Este relato cuenta este hecho.

I- La nieve y los ánades

Justo el seis de enero, en la ciudad de Granada, el día amaneció muy frío. Con el cielo por completo cubierto de nubes muy negras y el viento totalmente en calma. Amenazaba lluvia aunque muchas personas comentaban:
- Puede comenzar a nevar en cualquier momento.
Y justo un poco antes del mediodía, la nieve comenzó a caer. Muy lentamente y escasa, al principio y con mucha fuerza y abundante, media hora después. Algunas personas seguían comentando:
- Pero no cuajará porque el frío no es tanto. El suelo está mojado y en estos momentos del día, las temperaturas suben.

No se hizo realidad lo que decían estas personas. Porque la nieve siguió cayendo rápida y en tanta cantidad que hora y media después, el suelo ya estaba cubierto de blanco. Las ramas de los cedros, cipreses y naranjos, se cubrían también de blanco y la hierba dejó de verse. El paisaje al frente de su ventana, un pequeño camino de tierra, almeces, un macasar, almendros y varias moreras, también quedó tapado por la nieve

Desde su ventana al fondo, el jardincillo de las rosas, el ciprés y la pequeña estatua de la virgen, se empezó también a vestir de blanco. Y desde aquí, desde su ventana, hizo fotos, pensó escribir algo y a su mente acudieron los recuerdos de personas conocidas y amadas que sientía ahora muy lejos. Se dijo: "El momento, los copos cayendo, el silencio, la quietud, la tonalidad de la luz, el gris en el cielo y la fecha tan especial, están llamando a gritos. Llamando a lugares extraños que se intuyen hermosos y llenos de gozo y también llaman a los que amo y desde hace mucho ni sé de ellos"

Llegó el día su centro y ya la nieve no caía. Se abrieron algunas nubes y el frío se apagó algo. Cogió en su cámara de fotos, el paraguas, se abrigo bastante y salió al jardincillo. Al ver el acebo, los ramos de bayas rojas entre el verde de sus tersas hojas, se puso e hizo un par de fotos. Algo más adelante, también hizo fotos al caminillo de tierra entre plantas de lirios, a la caseta de madera que el jardinero de la universidad preparó el año pasado para que los abejorros anidaran y a las ramas de los pinos cargadas con puñados de nieve. Y se acordó de ella al recorrer el caminillo de los lirios. Muchos días fue y vino por este caminillo y casi siempre decoraba su cuerpo con dos pequeñas trenzas de color oro. Era hermosa su figura, el momento y ahora también hermoso y doloroso su recuerdo.

Torció para su derecha y comenzó a subir hacia el barrio en la ladera del monte. Desde la distancia, el bosque de pinos se veía blanco. No así las primeras casas del barrio del Albaicín donde ya la nieve se había derretido. Pensó: "Desde el mirador de San Nicolás, hay la mejor vista sobre la Alhambra y río Darro. Para el recuerdo, haré fotos con la nieve por estos lugares. Una imagen que en muy pocos momentos se ve. Para el recuerdo, quizá sea interesante". Y para el recuerdo, en cuanto estuvo sobre el mirador, descubrió el bonito paisaje que había imaginado.

La alhambra, sus torres, murallas, jardines y laderas que desde esta colina caen para el río Darro, aparecían tupidas con manchas delgadas y blancas. Resaltaban estas imágenes por entre la bruma y las nubes que revoloteaban hacia las altas montañas de Sierra nevada. Un delicado, muy íntimo y singular paisaje que llenaba el día tanto de asombro como de recogimiento.

Quizás por esto, muchas personas se movían, miraban, hacían fotos y comentaban en la pequeña plaza de este mirador. Por entre estas personas, buscó un espacio e hizo fotos de la colina y la Alhambra al frente. De la Alhambra, Generalife, Sierra Nevada, laderas hacia el río, tejados de las casas, torres de las iglesias y, al poco, siguió caminando. En el fondo, buscaba algo especial aunque no tenía claro qué podría ser. Los paisajes, los momentos y el día, parecían dejar traslucir este algo especial.

Por las calles, plazas, tejados y jardines de este barrio, la nieve ya estaba casi por completo desaparecida. No así en la colina de enfrente por donde la Alhambra y bosques y lo mismo a lo lejos. Valle del Sacromonte y altura del Cerro del Sol. nieve mucha y blanca se veían en las montañas de Sierra Nevada y pendientes desde esas cumbres hacia el valle del río Genil. Las nubes y nieblas, tamizaban todos estos lugares y el frío que ahora se dejaba sentir, los convertía casi en regiones mágicas repletas de sensaciones y misterios.

Descendió por la Cuesta del Chapiz, rozó el puente del Aljibillo y por el Paseo de los Tristes, al descubrir la nieve aún acumulada junta las aguas del río Darro, hizo más fotos. “Para el recuerdo y la historia”, seguía diciéndose sin tener claro qué historia podría ser ésta. Observó durante un rato la corriente de este río por donde el puente de las Chirimías y le llamaba la atención lo crecida que hoy bajaba y el color marrón que se veía en las aguas. Se dijo otra vez: “Esto es indicio de que en las partes altas, Sierra de Huétor Santillán, ha llovido en abundancia. Bueno es esto por la falta que hace la lluvia y mejor aún por el momento en que esta lluvia y nieve, cae”

Por el puente Cabrera, un poco antes de Plaza Nueva, en el mismo muro buscó un sitio. Mirando al río y de soslayo, a la calle Carrera del Darro, llena de turistas y aquí se sentó. Con la intención de gustar despacio el momento de la tarde, la corriente del río, los puñados de nieve que aún se veía en la hierba de la orilla de las aguas y meditar sus momentos por aquí. Pensaba en la joven que hacía tiempo, por este lugar tocaba la guitarra y pensaba en las truchas que su amigo decía vivían en el charco por el lado de abajo del puente. Pensaba en esto y un poco se lamentaba que la nieve no hubiera seguido cayendo, cuando oyó los graznidos. Miró y los vio. Una pequeña bandada de ánades reales, se acercaban volando río abajo como en busca de algo. Pensó, por completo sorprendido:

“Es la primera vez que veo por aquí a estas aves. Y por ningún sitio he leído ni nadie me dijo que en las aguas de este río, viviera o se refugiaran patos silvestres. Es por completo para mí algo muy novedoso. ¿Por qué sucede esto? Sé que estás aves son silvestre característica que por instinto, huyen de las personas. ¿Cómo es que ahora mismo se presentan por aquí, en este corto tramo del río Darro, casi en el centro de la ciudad de Granada y justo al lado de la calle por donde más turistas pasan y también coches y autobuses?”

Y siguió pensando que la presencia de estos patos quizá podría deberse al clima tan especial que hoy se estaba dando. Nieve y frío casi por todos estos lugares de Granada, nubes y nieblas por las montañas y barrancos cerca de esta ciudad y ahora, al caer la tarde, penumbra con la sensación de más frío y día característico de invierno.

Fijó su mirada en la bandada de ánades que se acercaba y los vio frenar su vuelo. Descendieron levemente y poco a poco comenzaron a posarse en la corriente. Justo a unos metros por debajo del puente Espinosa y donde, antes del puente Cabrera, crecen arbustos. Por aquí en la nieve a orillas de las aguas, se veían rodales de hierba y, sobre esta hierba, la nieve aún permanecía blanca. Fue precisamente entre los tallos y raíces de la hierba que al borde de la corriente tapizaba fresca, donde cinco o seis patos comenzaron a bucear con sus picos buscando alimento. Como prescindiendo de las personas curiosas que, desde la calle Carrera del Darro, se asomaban al muro de río con el deseo de verlos.

Dos de estos patos, la hembra de cuerpo más pequeño y plumas algo grises, anaranjadas y blancas y el macho más grande, cabeza y cuello azul verde y alas algo negras y blancas, se vinieron un poco río abajo. Flotando en la corriente y empujados suavemente por ella. Como en un juego con el agua, los puñados blancos de nieve, el verde de la hierba y la tamizada luz que la tarde derramaba sobre la corriente en este tramo del río. Y las personas que por la calle en las dos direcciones caminaban, al descubrir la singular belleza de los patos, asomados al muro de río, miraban incrédulos.

De nuevo él para sí se dijo: “Hace unos días, mi amigo el hidrólogo, me habló de truchas justo en el charco al que se dirigen estos dos patos. Me insistió y por eso, al pasar por aquí, en los días siguientes, me puse a observar hasta que las vi. Justo en la corriente y entre las piedras del río, unos metros por encima del charco. Le hice algunas fotos y luego le dije a mi amigo:
- Tienes razón. En el río Darro urbano, cerca de Plaza Nueva, viven truchas. Es curioso esto y a la vez bonito porque la presencia de truchas en este tramo del río, indica que las aguas son buenas. Que no están muy contaminadas a pesar de lo poco que algunas personas las cuidan.
- Eso que dices es cierto pero me preocupa la vida de estas truchas en este lugar del río.
- ¿Y eso?
- En el charco donde viven, no tienen protección ninguna. Las personas que por aquí pasan, las van a molestar mucho e incluso, no te extrañe que cualquier día de estos aparezca alguna garza real y se las coma. Algunas personas han visto una de estas garzas, por los bosques de la Alhambra y junto a las albercas.

Y esto último se hizo realidad. A los pocos días, una tarde muy fría y lluviosa, una garza real apareció justo entre la vegetación que en el río crece cerca de la Iglesia de San Pedro. Le hizo fotos y también las compartió con su amigo el hidrólogo. Le dijo éste:
- Sí la vuelves a ver, haz lo posible por sacarle un vídeo que se vea no solo la garza sino también la corriente de río y el tramo del cauce. Que sea un buen documento para recoger y conservar la presencia de estas especies en este río de la Alhambra.
- Pues no te preocupes que si haré esto si de nuevo la veo.

Y de nuevo la vio, dos o tres días después. Pero fue tan rápido todo que antes de prepararse, el ave alzó vuelo. En sólo unos segundos, se situó por encima de río, a media altura entre la Alhambra y el cauce y en un elegante y pausado aleteo, remontó hacia la colina del Cerro del Sol. Se dijo: “Puede que otro día si tenga más suerte”. Y en ese momento cayó en la cuenta que estos animales, casi todos los años y en invierno, aparecen por estos lugares de la Alhambra. En los días de frío y lluvia, como símbolo o anuncio de algo.

Ahora esta tarde fría de invierno y con la corriente del río creciendo por momentos, tenía sus ojos clavados en los dos patos silvestres que se acercaban al charco de las truchas. Sabía que estas aves no se alimentan de peces sino de lombrices, caracolillos, raíces y tallos de hierba. Vio como la misma corriente de las aguas dejaba las dos anátidas en el centro del charco. Donde la pequeña cascada se rompe y forma un no muy grande remolino. La hembra, se movió con agilidad y donde este charco tiene un pequeño fondo de arena, apoyó sus patas, palmeadas y de color naranja fuerte. Alzó su cuello, como de reojo escrutó a las personas que se asomaban por encima del muro del río y, muy confiada, se puso a limpiarse las plumas de las alas, las de la pechuga y partes de arriba.

El pato macho, el del color verde azul intenso, buscó un punto sobre la pulida piedra por donde la corriente cae al charco y se puso como a vigilar. Frente al charco, frente a la hembra y también frente a las personas que por encima del muro se asomaban al río. Alguna de estas personas hacían fotos y otros, mostraban en sus cara la sorpresa que le producía la presencia de estos patos en este tramo de río Darro ya casi en el centro de la ciudad de Granada.

Y de pronto, se sintió sonidos de aleteos. Quebrando el aire y llegaba este ruido como río abajo y al mismo tiempo, como de la colina donde se alza la Alhambra. Algunas personas indicaban:
- ¡Mirad por donde llega otro!
Y él fue el primero en mirar. Vio, muy cerca de sí, surcando el aire y al mismo tiempo como planeando para aterrizar, un hermoso pato azul verde blanco. Con sus alas por completo extendidas y girando pausadamente al tiempo que descendía dirección al charco de las truchas.

Los dos patos, macho y hembra que momentos antes habían recalado en el charco, alzaron sus alas y las movieron rápidas. Como si se alegraran de la llegada del pato solitario y de este modo lo saludaran. Conforme el que llegaba iba posándose en las aguas, de estas aguas brotaron como nubecillas de niebla que se alzaban rápidas. En sólo unos segundos, la bruma que del charco manaba, llenó todo en surco de río, tapó las paredes, terrazas, ventanas y balcones de las casas y también el árbol que crece junto al puente donde él estaba sentado.

Por un momento, dejó de ver tanto los patos del charco, como la corriente de río, muros de las casas y colina de la Alhambra. Un poco desorientado, no acertaba a comprender lo que estaba pasando. La luz de la tarde también casi se extinguió y el murmullo de las personas que por la calle pasaban, quedó como apagado. Sintió algo de frío y pensó en abandonar el lugar donde estaba sentado cuando de pronto, otro singular fenómeno, le sorprendió.

La nube de fina niebla que había manado del charco y dejó casi en penumbra a todo el espacio, se abrió como en una sábana rota por el lado del sol de la tarde. Penetró por este roto un brillante rayo del sol reflejando los colores del arcoíris. Y el foco principal de este chorro de luz, fue a caer justo al muro donde él estaba sentado. Cerró sus ojos, un poco deslumbrado por el resplandor y los restregó con sus manos.

Pasado unos segundos, abrió los ojos y al mirar para su derecha, lo vio. Sentado en el mismo muro, con el charco de las truchas de fondo e iluminado por el gran foco de luz. Descubrió enseguida que todo estaba vestido de blanco, tenía largas barbas y también melena larga y negra y parecía estar sereno. Parecía alto y no muy joven. Notó que también de pronto, se hizo un silencio ancho y profundo.

El hombre vestido de blanco, miró hay que estaba sentado en el muro y le preguntó:
- ¿Te extraña la presencia de estos patos por aquí?
- Me extraña y en concreto, este solitario que ha llegado hace un momento.
- Es muy especial este pato. ¿Conoces su historia?
- ¿Es que acaso tú sí?
- Por eso te he preguntado. ¿Quieres oírla?
- Si tú la sabe y la historia de este pato es hermosa, claro que sí.
Y sin más, el hombre vestido de blanco, dijo al que estaba sentado en el muro del puente:

II- El joven del bosque

Entre la espesura de los castaños, encinas y quejigos, se encontraba la casa. En mitad de la ladera, mirando al sol de la mañana y no muy lejos del río que por lo hondo corría. Estaba construida con gran belleza: paredes y muros de piedra, tejas de barro y encalada de blanco con cal de piedra. Por eso este color blanco de toda la casa, destacaba con mucha fuerza entre el verde de la densa vegetación.

Un caminillo empedrado salía del edificio y por entre las espesas plantas, avanzaba por la ladera como en busca del río al levante. A unos cien metros, este camino se ensanchaba y se convertía en un rellano en forma del mirador hacia el río y hacia las altas montañas al frente y por el lado del sol de la mañana. A las espalda de la ladera en que se alzaba la casa, corría el otro río, el ancho y caudaloso que estaba por completo rodeado de espesos bosques verdes. Por eso a este cauce se le conocía con el nombre de "Río de los Colores Azules Verdes". Sus aguas, en muchos tramos remansadas, eran muy originales precisamente por los tonos verdes azules que reflejaban.

Y aquella tarde de invierno, justo en los días de la navidad, de la bonita casa blanca, salió el joven dueño de este edificio y de las tierras que le rodeaban. Caminó por el pasillo que por entre la vegetación descendía para el río al levante y al llegar al rellano, se paró. Durante un rato se recreó en la amplia y multicolor panorámica que desde aquí se veía y luego se sentó en el banco de piedra. Llamó al criado, joven pobre nacido en las montañas, sin cultura ninguna y que recibía trato de esclavo despreciable y le dijo:
- Ahora mismo, lo que más me apetece es comerme un puñado de almendras tostadas. ¿Dónde podríamos conseguirlas?
Se acordó el joven pobre del amigo que tenía su cortijo al otro lado del río de los colores verdes y le dijo al joven rico:
- Ese amigo mío, este año ha recogido una muy buena cosecha de almendras. Muchas aún las tiene guardadas en su cortijo.
- Pues podrías ir y pedirle de mi parte que te dé unas pocas.
- Voy ahora mismo.
Confirmó sin más el joven pobre.
- Pero tienes que darte prisa y regresar antes de que la noche llegue. El sol no tardará en ponerse.
- Pondré todo de mi parte para estar de vuelta cuanto antes.

Rápido subió por la vereda que atravesaba la vegetación. Dejó a su derecha la gran casa blanca y remontó a la cumbre que coronada. Buscó un punto muy concreto que conocía bien y miró para la hondonada por donde el río de las aguas verdes se alejaba y corría dirección al sol de la tarde. En este momento, la profundidad de los barrancos por donde el río se iba, le pareció mucho más grande y misteriosa que nunca. Las laderas se veían muy pronunciadas, las aguas del río eran muy abundantes y mostraban colores y verdes azules como nunca lo había visto y a lo lejos, al otro lado del río y sobre un poyo en la ladera de enfrente, distinguió el cortijo de su amigo. Como envuelto por algo de bruma porque por este lado de las montañas, se alzaban algunas nieblas y en el cielo, varias nubes negras se movían.

Se dijo, como impresionado por la hondura de los barrancos, el gran caudal del río, las nieblas, la distancia y la luz de la tarde que caía: "Mientras recorro esta pronunciada ladera y me encuentro con el río, mientras luego cruzo las aguas del cauce y mientras después remonto aquella otra ladera hasta el cortijo de mi amigo, voy a tardar mucho tiempo. Quizás tanto que la noche y puede que también la lluvia, me sorprendan antes de llegar a donde vive mi amigo. Y después de pedirle lo que este joven rico desea, tendré que regresar. En todo esto, voy a tardar mucho más de lo que él desea y espera. ¿Qué puedo hacer?

Sí regreso y vuelvo sin las almendras, temo su reacción para conmigo. Me puede despedir y hasta castigar de la manera que ni imagino. Y si continúo y me pongo a recorrer estas distancias, de ningún modo podré regresar antes de que la noche llegue. Me encuentro confundido y como atrapado. ¿Qué hago? Este joven rico que me tiene como esclavo y sin libertad, se va a ensañar conmigo. Por más que le explique, de ningún modo aceptará que no haya cumplido con lo que me ha ordenado. Solo son importantes para él, sus deseos y caprichos. ¿Qué hago yo en este momento?"

Y a su mente acudió algo que en muchas ocasiones cuando dormía por las noches había soñado. En estos sueños, con frecuencia se veía volando por las laderas de las montañas, por los valles y las crestas, por las praderas de la hierba y por encima de los paisajes nevados. Y siempre, siempre en estos vuelos, flotaba en el aire con la suavidad de la más ligera pluma. Como si su cuerpo no pesara y como dueño absoluto de todo lo que iba recorriendo. Pensó en esto un momento y luego se movió para su derecha. Buscó una elevada roca que se alzaba en lo más alto del terreno y subió a ella. Se puso frente al gran valle del río verde y durante unos segundos, observó muy atentamente la forma y colores que tanto el valle como el río y las laderas reflejaban. Vio el cortijo de su amigo al otro lado del río y ahora se dijo:

"En solo dos minutos voy a estar allí con él. Esto va a ser fascinante". Alzó sus brazos, se inclinó un poco hacia delante y sin miedo alguno, poco a poco se fue dejando caer como en los brazos del viento. Confiando por completo en que las cosas iban a funcionar tal como en su mente las tenía concebidas. Y su cuerpo no se desplomó hacia el vacío del barranco. Como si no pesara o como si tuviera la levedad de una pluma, se quedó flotando en el aire y al notar esta característica, se animó. Movió sus brazos al modo en que se hace con los remos de una barca en las aguas del mar y al instante

comprobó que se movía y avanzaba sobre el viento muy cómodamente y sin notar ni peso ni dificultad alguna. Pensó que estaba soñando pero según poco a poco avanzaba, fue comprobando que tenía control sobre todo su cuerpo y pensamientos. Su corazón se fue llenando de felicidad y por todo su ser, corría y empapaba un placer dulce y profundo.

Sin pensar en el joven rico que entre el bosque había dejado, orientó su cuerpo hacia las profundidades del barranco. Luego, en cuanto estuvo sobre las aguas del río, tomó la dirección en que estas aguas se deslizaban encajadas entre las dos laderas boscosas. Se colocó a una altura de unos veinte metros sobre estas aguas y según se iba moviendo dirección al cortijo de su amigo, comprobaba cada vez más asombrado, los claros y multicolores reflejos que las aguas de este río destellaban. Azules y verdes con transparencias de espejos líquidos al tiempo que se movían lentamente hacia donde la tarde caía.

De la orilla izquierda del río, donde las aguas se remansaban y reflejaban muy hermosamente los colores del bosque y la luz de la tarde que se filtraba por entre las nieblas, alzó vuelo una bandada de patos silvestres. Ánades reales, color azul verde intenso el macho y manchada de marrones y blancos, la hembra. Se elevaron un poco sobre las aguas de río y en la misma dirección y velocidad que él llevaba, avanzaron como es cortándolo. Sintió un gozo inmenso en su corazón y pensó que la libertad, ser amigo de los colores de los ríos, los verdes de los bosques, los cielos con nubes y puestas del sol entre nieblas y bandadas de patos silvestres, era algo inmensamente grande, satisfactorio y bueno. Se dijo: “Como ninguna otra cosa en este mundo y en la vida de las personas”.

Al llegar a la altura del cortijo de su amigo, según por el aire avanzaba volando, se vino para su lado izquierdo. Dejó que la bandada de patos continuara siguiendo el cauce del río y al aproximarse al puntal donde se alzaba el cortijo del amigo, lo vio. Su amigo estaba como esperándole en el rellano de la misma puerta de su cortijo. Según el joven ahora libre, se acercaba al cortijo, el amigo le decía:
- Aquí me tienes esperándote. Pon tus pies en el suelo y respira aliviado. Prepara tu corazón que voy a darte una gran noticia. Tengo para ti algo grande y bello que va a gustarte mucho.

Muy confiado, apoyó sus pies en la tierra del rellano en la puerta del cortijo. Respiró profundo y miró para el río y a la bandada de ánades que se alejaban y saludó a su amigo. Con la ilusión del que realmente se alegra del encuentro. Percibió en ese momento un agradable aroma esparcido por todo el airecillo. Olor a pan recién cocido y se sintió impulsado a preguntar al amigo. No lo hizo pero sí comentó:
- Tengo que darte muchas explicaciones pero, entre todas, lo que más realmente me asombra, es lo que acabo de realizar. Ni siquiera sé por qué he podido volar al modo en que lo hacen esos maravillosos patos que se alejan río abajo.
- No te inquietes creyendo que es un milagro. Tu vuelo hasta este lugar desde el rincón del hombre que te oprime, es fruto de la gran ansia de libertad que hay en tu alma. Como todas las personas, a todas horas apeteces ser libre y hoy, de alguna manera has probado esta libertad.
- Será lo que dices pero ardo en deseos de contarte mucho. También quiero preguntarte mucho más.
- Me va a gustar oírte pero ahora mismo soy yo el que desea mostrarte algo muy valioso.

Miró el joven para la bandada de patos que ya casi se perdía en el horizonte del río. Los iba borrando las nieblas y los últimos rayos del sol reverberaban en las plumas de colores de estas aves. Dijo de nuevo el joven libre:
- Son hermosos, me gusta su vuelo, los colores que reflejan y los sonidos que lanzan al aire mientras se alejan. ¿De dónde han salido y adónde van?
- No lo sé exactamente pero sí tengo muy claro que anuncian algo porque ellos en si son un gran misterio.
- Quiero saberlo.
- Pero antes voy a mostrarte lo que ya te he anunciado. Ven por aquí, olvida el encargo del que hasta ahora poco ha sido tu dueño y llénate de esta nueva realidad.

El amigo del cortijo, condujo al que llegaba hasta la parte de atrás del edificio. Miró para la ladera que al frente quedaba y señaló a un punto concreto. Aclaró:
- ¿Ves aquellas rocas donde ahora mismo un rayo de sol incide?
- Veo lo que me indicas. ¿Qué es lo que sucede o hay allí?
- Algo que mañana al amanecer va a llenarte de mucho gozo.
- ¿Es tu secreto particular o guardas allí un tesoro?
- Mañana por la mañana lo verás. Hoy ya, como estás viendo, el sol se oculta, la noche no tardará en llegar y quizá la lluvia o la nieve comiencen a caer en cualquier momento. Las nieblas suben cada vez más espesas río arriba desde el lado en que la bandada de ánades se ha ido dirección a Granada y torres de la Alhambra.

El que había acogido al joven del vuelo, se volvió para atrás, invitó a su amigo a entrar a la estancia y lo primero que el amigo vio fue la lumbre encendida y muy viva en la chimenea en el rincón de la estancia. Dijo el que había acogido:

- Ahora, sentémonos junto a las llamas de esta lumbre y, mientras nos calentamos, saboreemos las almendras que tostadas y con sus granos de sal, aquí tengo preparadas. También esta mañana calenté el horno con leña y cocí unos cuantos panes. Recién hechos están y por eso nos sabrán bien y alimentarán mejor con estas almendras que te digo.

Enseguida adivinó el joven libre lo del agradable aroma que al llegar en el aire había percibido. Sin pronunciar palabra, aceptó las almendras y el trozo de pan que el amigo le daba y, pausadamente, como meditando y mientras mantenía fija sus miradas en las llamas de la lumbre, comía. Pasado un rato, el amigo volvió a invitar y en las camas de monte que cerca de la lumbre había, los dos se dispusieron para dormir.
- Con la dignidad del rey más grande aunque esta vivienda mía solo huela a pan recién cocido y a lumbre de leña.
Comentó el joven que acogía. Dijo ahora el que se sentía libre y lejos del que lo esclavizaba:
- Quizás la vida no sea más de lo que tú tienes y ofreces en este lugar. Ser libre, tener viento puro, el rumor de las aguas de un río, la luna en el cielo por las noches rodeada de estrellas y bosques verdes como los que hay por aquí, quizá sea la única, mayor, más valiosa y auténtica riqueza que existe y se pueda gozar en este suelo.

Después de estas palabras, ninguno dijo nada más. Durante un rato mantuvieron sus miradas fijas en las llamas de la lumbre mientras percibían el crepitar de los tizones y luego, el sueño los venció. Fuera, el silencio era total, ni siquiera se oía el paso del viento ni las aves del bosque aunque sí de fondo, el hondo silencio era quebrado por el runruneo de las aguas del río. El joven acogido por el amigo del cortijo tuvo un sueño y vio que este amigo suyo tenía un gran tesoro guardado en el lugar que horas antes le había mostrado junto a las rocas y en la ladera. Y soñó que este buen amigo compartía con él casi todo este tesoro al tiempo que le decía:
- Para que seas libre por completo tal como muchas veces soñaste y tanto lo has deseado.
- De verdad que agradezco, a ti y al cielo, el gran corazón que tienes.
- Pero un sencillo consejo: nunca olvides que la felicidad no está en las cosas materiales sino en trascender, ser libre y volar al modo en que lo hacen los ánades reales que por este río has visto.
- Tendré siempre claro y presente esto que me dices.

Y el joven del cortijo continuó diciendo:
- En las tierrecillas que desde esta casa mía caen hacia el río, podrás acotar la extensión que quieras. En este terreno, podrás sembrar y cultivar tu huerto particular tal como siempre también soñaste. El agua brota en abundancia en el manantial de la hondonada y las tierras son de mucha calidad. Sacarás de este huerto abundantes y muy buenas cosechas.
- De nuevo te doy las gracias y espero que el cielo premie tu buen comportamiento para conmigo.
Dijo otra vez el joven que ahora ya se sentía libre.

Y en este momento, notó mucho frío en todo su cuerpo. En especial, en sus pies y manos. Al despertarse, cayó en la cuenta que se encontraba acurrucado en el hueco de una de las escaleras que había en la blanca casa entre el bosque. Quiso acurrucarse en sí para entrar algo en calor al tiempo que arremetía la vieja y roída manta con la que se arropaba. Miró medio entumecido por el hueco de una de las ventanas que tenía cerca y vio que fuera, los paisajes, bosques y laderas, todo estaba cubierto de blanco. Nieve por ahí muy reluciente que a lo largo de la noche se había ido acumulando. Se dijo: "Mi dueño, el que me tiene bajo su poder como esclavo, no tardará en llamarme. Todos los días antes de salir el sol, hace lo mismo"

Y justo ahora, en la parte alta de la casa y desde no muy lejos del hueco de la escalera, le llegaban los gritos del joven que se sentía dueño. Llamaba a joven al esclavo y le decía:
- ¿Todavía estás durmiendo, so vago? Quiero ahora mismo el desayuno: un pato recién asado y un melón que esté dulce y muy maduro. Y que hoy no suceda como otras veces, que siempre se te pega o quema la comida.

Desde el hueco de la escalera, donde el frío lo tenía medio entumecido, el joven esclavo dijo:
- Voy señor, todo rápido y diligente. Y no se preocupe que hoy sí que le voy a preparar el desayuno más abundante y sabroso.
Lentamente se fue incorporando. Abrió la puerta que daba a la calle y descubrió el denso manto blanco que la nieve había formado en el rellano de la entrada. Algo más lejos, se veía el espeso bosque todo también cubierto de nieve, los hondos barrancos y laderas del río al frente de la casa. Caminó pisando la inmaculada nieve y se fue para la parte de atrás de la casa. Buscó la senda que desde aquí subía a lo más alto de la montaña y donde al otro lado se encontraba el río azul verde. La encontró toda casi cubierta por la nieve que en estos momentos seguía cayendo muy en silencio pero en gran cantidad. Subió lentamente cada vez más helado pero muy empujado por un claro y potente pensamiento.

Mientras se alejaba de la casa, seguía oyendo al joven que le tenía esclavizado. Decía:

- Y que el pato que hoy me prepares para el desayuno, sea el más sano y lustroso que nunca mis ojos hayan visto. Lo quiero bien sazonado, dorado lo suficiente y que huela a los más ricos aromas que nunca por aquí se hayan esparcido.
Al oír estas palabras, el joven esclavo que caminaba senda arriba, para sí se decía: "Sí que hoy se harán realidad todos estos deseos suyos. Recordará durante mucho tiempo este especial desayuno en el día de nieve tan frío y extraño".

Tardó un buen rato en llegar a lo más alto. Por entre la nieve buscó la gran roca que tenía a su derecha y subió a ella. Miró al frente y descubrió el profundo y bellísimo surco por donde el río azul verde se deslizaba. Por entre la niebla y la nieve, allá a lo lejos adivinó el cortijo de su amigo y lo imaginó a él sentado junto al fuego de la chimenea calentándose. Él ahora mismo, se moría de frío. La nieve lo había cubierto casi por completo y la roída y vieja manta, ni siquiera le protegía del helado vientecillo que corría. Pero todo decidido y como reuniendo sus últimas fuerzas, se colocó en lo más alto de la roca frente al gran cañón del río y a las aguas que por aquí se acumulaban.

Abrió sus brazos y en estos momentos sintió el graznido de patos silvestres. Le llegaban estos sonidos desde su lado derecho y venían como siguiendo el curso del río en la dirección en que las aguas corrían. Miró para este lado y, por entre la niebla y los copos de nieve que espesos caían, los descubrió. Una bandada de ánades reales que parecían venir de lugares muy lejanos e iban a otros lugares aún más lejanos y misteriosos. Se acercaban veloces a él pero muy confiados y por eso esperó un momento.

Los vio aproximarse y enseguida cruzar casi rozándolo. Emitieron en estos momentos muchos graznidos y con intensidades y modulaciones muy variadas. Al ver y notar él que esta bandada de ánades reales le rebasaban y se iban, instintivamente gritó:
- ¡Esperad un momento que me voy con vosotros! Quiero volar y gozar de la libertad que veo en vuestro mundo. Esperad que allá voy.

Abrió mucho sus brazos y, por entre la bandada de los mil copos de nieve que armoniosamente bailaban mientras descendían, se dejó caer hacia las aguas de río azul verde.

III- Final

Cuando el hombre vestido de blanco terminó de narrar esta historia, ya el sol se ocultaba al fondo de la ciudad de Granada. El frío había aumentado, en el cielo las nubes cubrían densas, la luz del día se apagaba y por eso comenzaban a verse las luces artificiales por el Paseo de los Tristes. En el río y en el charco de las truchas, la pareja de patos y el solitario, se movían de acá para allá buscando alimentos en el fondo de las aguas.

El que unas horas antes se había sentado en el muro del puente y, durante un tiempo, había escuchado con interés, ahora observaba al hombre vestido de blanco. Temió que en algún momento, lo mismo que había aparecido, se fuera y esto no le agradaba. Su relato, había suscitado en él muchas, muchas preguntas. Y una de ellas, la que le parecía más importante, se la formuló directamente:
- Y aquel joven que se fue volando río abajo con la bandada de patos, ¿Qué tiene que ver con éste silvestre que por aquí ha venido esta tarde?
- Tiene mucho que ver porque aquel joven, además de sentirse libre y vivir su sueño, su alma, su espíritu, ha quedado para siempre por estos lugares.

Reflexionó un momento el hombre del puente y al rato, le preguntó de nuevo al que estaba vestido de blanco:
- ¿Y por qué aparece por aquí en este día de frío y nieve?
- Para de alguna manera, decirte a ti, a las personas, escritores, artistas y poetas, que la vida, la persona en sí, su espíritu, corazón y sueños, no desaparecen nunca aunque la muerte se los haya llevado y los años hayan pasado. La bondad, los sueños, la pureza del corazón y el gusto por la belleza, es algo eterno y muy importante en el universo. No pueden desaparecer nunca porque el universo entero está construido sobre estos cimientos. Por eso el alma del ser humano que lleve dentro esta realidad es, palpitará y será hermosura y luz a lo largo de la eternidad, dimensión o lugar que no tiene ni principio ni fin.

Y el joven de nuevo volvió a preguntar al que estaba a su lado:
- Pero porque aparece por aquí este bello pato que según tú es el alma de aquel joven?
- Estos lugares, y tú lo sabes, están llenos de misterios. La Alhambra sobre la colina, este río corriendo los pies del gran monumento, tú y otros, soy soñadores y buscadores de belleza y de eternidades. ¿Lo entiendes?
- Un poco sí pero no del todo. Por eso quisiera hacerte algunas preguntas más.

Pero en este momento, los tres patos que nadaban y buscaban alimento en el charco, aletearon como asustados. Manó del charco una luminosa nube de niebla y por entre esta niebla alzaron vuelo las tres aves. Los vio él surcando el aire por encima de su cabeza y lo siguió con sus ojos mientras, en la

oscuridad de la noche y el resplandor de las luces, se perdían hacia las torres de la Alhambra. Más confundido ahora que antes, quiso preguntar otra vez al que vestía de blanco. Pero al mirar, no lo vio.

Sí veía a los turistas que, para arriba y para abajo, recorrían la calle del río. Sintió frío, notó en su corazón como algo de tristeza y pensó que podría empezar a nevar en cualquier momento. Se abrigó, dejó el lugar donde estaba sentado y caminó por las calles de vuelta a su casa.